

Virgilio
o
Un fantoche hispano

Rafael Belmonte Agüera

El fantoche sale a lucirse en total plenitud por su ruta, a sabiendas que es una especie de gusano. Un enorme gusano humano.

ESCENARIO:

Cualquiera.

PERSONAJES:

VIRGILIO. - Un ser humano (o muñeco o muñeca) incivilizado. Viste una pomposa túnica blanquísima que arrastra una gran cola. Sobrecargado de tatuajes, uñas muy largas y con la cara tan pintada y estrafalaria que debe parecer exactamente -para quien así lo vea- eso: un fantoche.

Desde dentro.

¡Ya voy! ¡Que ya voy, “jóspita”! Contra y recontra.

Deslizándose, como si llevara (o llevándolos) patines, como flotando sobre las tablas, sale escupiendo hilos, que pueden ser de piel, y despegándose otros que todavía lleva adheridos. Se dirige hacia un imaginario público situado en el fondo del escenario. Da, pues, la espalda al respetable.

No hay que dejarse engañar por las apariencias, aunque sean apariencias sonoras, nadie me ha obligado: soy un gusano, salta a la vista, y me he arrastrado hasta aquí por voluntad propia.

Levanta su faldón indisimuladamente porque siente picor en el culo. Rascándose, se encara, ya de frente, a su audiencia, si la hubiere.

Además, me he escapado de mi cueva; acabo de deshilarme, con maña, y voy sobrado de neuronas porque he empleado para ello únicamente un par, me sobran pues, según la ciencia, todavía muchas más de novecientos mil millones. Cuánto gusanillo meneándose por ahí arriba, ¿no? Eso soy yo, a lo grande: una especie de gusano humano de... la seda, un poquito raro, pero perteneciente a esa mismita familia de gusanos, porque esto suena... ¿eh?, ¿dulce?, ¿liso?, ¿esponjoso?, ¿limpio?, ¿vistoso? Me da igual, suena... bien. Fíjate, aún llevo algunos hilos colgando, como les cuelga la baba a esos bichos, o las mamas a sus hembras las *gusanas*, me cuelgan a mí ellos. Ah, menos a los dos metros cuadrados de piel nueva que envuelven mi idolatrado y terso organismo, al cual no le sobra nada. *(Se muestra, se retoca, se exhibe).*

Comento mi último orgasmo de ahora mismo: ahí dentro estaban criticando sin piedad a una reconocida periodista. Ah, oh, pero qué bien se siente una cuando oye cómo hablan mal de otros. Qué placer, señoras, señores, y eso, míos. Pleno en regodeo. Colmada en auto satisfacción. Y como no tengo ninguna conciencia, pues soy libre. Soy totalmente libre porque no tengo conciencia ni de querer tenerla. ¡Pruébenlo, respirarán... más hondo! Mis únicas cadenas son un par de limitaciones sin mayor importancia. Superables, de todos modos. No es necesario ni someterlas a comentarios. Soy... ancho, muy ancha de conciencia. ¡Si la conciencia es un estorbo! ¡Hasta creo que debería ser eliminada por decreto! ¡Vamos, y hoy día, que cualquier decreto es como una hostia y el personal se las va tragando enteras, sin masticar! ¡Qué más dará! ¡A qué esperar! Si en cuanto se publicara en el Boletín oficial de cualquier Estado: “se acabaron para siempre las conciencias, o no hay más conciencia a partir del día de la fecha, o se suprime la conciencia por decreto”. Algo así, una frase cualquiera de estas tan insustanciales, implicaría como si se tratara de la felicidad distribuida a domicilio. Oh, el amancebamiento unipersonal de las conciencias. Oh, sí, un placer infinito. Ya no sufriría nadie nunca más. Por nada. Todo el mundo sería feliz, casi, casi también, por decreto. Se diría: el tiempo es corto, a reír, a reír, y a apurar la vida. Que se joda el resto de los restos humanos desperdiciados. ¿Remordimientos? ¿Eso qué es? ¡Qué le vamos a hacer! ¿A nosotras qué nos importa lo que suceda de nuestro umbral físico o síquico hacia afuera?

Medita.

Ay, pero qué bien me siento cuando hago poesía con mis ideas: ¡que viva la poesía! Soy uno de tantos... fantoches, una más en... esta inmensidad

oceánica de la vida. La poesía, como el sudor, noto que se me sale por los poros, me brota de mis melancólicas vísceras y se irradia hacia el exterior del mundo. Se tiene que poder incluso palpar. Yo la palpo en mí, en todo mi ser. ¡Tóquense, tóquense, no sean tímidos! ¿La palpan? Cada poro, una palabra; un puñado de ellos, un verso; un montón configura un cuerpo: el poema entero. ¡Si la poesía sobrevive por las aceras! El otro día, y sin ir más lejos, iba yo arrastrándome, paseando, digo, y detrás de mí oí una conversación de un jovencito de unos cuarenta y tantos años que instruía, probablemente, a su acompañante mujer: “*en apariencia, -explicaba el individuo con voz muy engolada, y con total seguridad en sí mismo-, no te llames a engaño, una mujer que conduce una moto con cambio de marchas, es porque tiene hormonas de más masculinas en su cuerpo*”, y lo decía absolutamente convencido en su yo interno de su argumento: ¿no es esto poesía?, ¡es poesía!, ¡pura poesía!, ¡cuánta poesía!, (*baila, con entusiasmo*) ¡si es que somos poesía indisimulada! Si nos dan un poco de cuerda, nos disparatamos, nos arrebatamos y la retórica nos pierde, como el buen vino o los buenos amores. Nos poetizamos, como si fuésemos la volátil musa de la mismísima Talía. ¡Qué digo! O Virgilio, el poeta romano ese que se las daba porque había escrito cuatro poemitas de nada y una Eneida en verso. ¡Qué coñazo! Por cierto, yo me llamo así, Virgilio, y eso se me nota. Una contradicción en sí mismo el argumento. O no. Me importa igual que una caca. No soy bondadosa, ni débil, no quiero que me confundan con una endeble mariquita. Ni pienso ni dejo de pensar: vivo. Vivo dando por el trasero, simbólicamente, a todo el que se deja y quien no, lo intento. Soy un acreditadísimo y nada original hijo de puta con todo el mundo y disfruto con ello y, conste, estoy dentro de los parámetros intelectuales de la media más

corriente y moliente. Pero yo lo disimulo. Yo sé disimular. No me arrepiento de nada porque ni sufro ni me preocupo nunca por nada ni por nadie. Y así, ¡vivo feliz! ¿Remordimientos...? ¿Eso qué es? Yo juzgo con severidad a los demás, lo admito, pero no permito que nadie me juzgue a mí. ¡Nadie está en ese derecho! ¡Hasta ese extremo podríamos llegar! Yo me las ingenio como puedo para hacer sufrir a cualquier bicho viviente que se acerque a mí a menos de un metro. Soy dueña de mí, soy poderosa. Me parieron gusano convencional, pero sumamente astuta, un pelín taimado, sí, bueno. No he robado en mi vida: acaparo en mi morada provisiones para el invierno como hacen las ardillas en sus mofletes, pero yo laboro a ras de tierra. No miento jamás, sino que enmascaro y acomodo las verdades a mi interés, que es cosa bien distinta, legítima, audaz y, a más honra, incluso clerical. ¡Con decir que casi todo lo que sé lo aprendí de un padre putativo que me eché a los doce años! Decía el pobre hombre ser un animal político. En realidad, era medio español, medio francés, medio católico. Todo lo tenía a medias, y en esas medias, se auto proclamaba gran admirador del islam y nada sentimental en todo y a tiempo completo; no sé, yo tengo mis dudas al respecto: era poco proclive a la lectura. Algunos, envidiosos de lo vacío seguramente, decían de él que era un farsante de medio pelo con condiciones innatas de seducción, que pregonaba una cosa y ponía en práctica la contraria, lo cual le honraba no solo a mis ojos, aquellos tendrían razón, con toda seguridad. Murió en paz consigo mismo, como todo hombre admirable y perverso a la par que se precie de serlo.

Flota por el escenario, arriba y abajo.

A mí me desarrugan todos los meses en una clínica en la cual tengo bonificaciones extraordinarias, y yo, complacido, me dejo seducir. Y me dejo

vivir para los demás. Para que los demás admiren mis *entre pieles*. Me quieran tal y como me merezco. Vivo con el orgullo de ser..., de ser... un ser, yo, exactamente, eso: un ser. Soy un pequeño dios dicharachero, vanidosa, sí; pero precioso, útil, necesaria, generosa, comprensiva, tolerante con esos negros, con esos moros, con los asiáticos, con los mongólicos, con todo el orbe del mundo mundial mientras no invadan el reducido espacio vital de mi... patria. ¡Viva la patria que me vio nacer! Soy... una más, de entre todos los dioses que me han precedido y que me sucederán. Como yo, los hay a montones. Simplemente, olfateen a su alrededor.

Pausa. Danza. Se exhibe.

Humildemente, yo confieso: me indican que toca amar... pues yo amo. Que toca odiar, pues yo odio, y odio como el que más. Se comenta que han intentado cancelarme. ¿Quién puede cancelar la evidencia? Perdónalos, *Mi Ciempiés*, porque no saben lo que hacen. Podrán cancelar mis palabras, pero nadie cancelará mi alma serena y hambrienta. ¡Ah!, el aguacate deshuesado, rociado con limón y comido con gambas peladas es un manjar. Y solamente son necesarios un aguacate, un limón, gambas y hambre. Gambas y hambre. Gambas, un aguacate y hambre. Gambas, un aguacate, un limón y hambre. ¿Quién no tiene un aguacate, unas gambas y un limón hoy día a mano? ¿Y hambre? ¿Será por hambre?

Ríe incansablemente.

¿Será por hambre? Sobra, a mí me sobra.

Ríe incansablemente

Si un día me dictaran matar..., en dependencia de quien lo dictara (*medita*) mataría, seguro que sí. Como no creo particularmente en nada ni en nadie, a excepción de mi humilde persona, a la cual adoro enérgicamente. Pero actúo al dictado de otros, como buen fantoche, cuando me interesa. Creo en lo que veo, y no en todo. Yo me dejo llevar, facilita la existencia. Pruébenlo. Todo, resulta mucho más... cómodo, más familiar, más comedido. Me irrito pocas veces, sólo cuando se me olvida algún cumpleaños, o mío o de algún colega, porque también amo lo justo. Yo me dejo querer siempre, eso sí, no soy fantoche de sacrificios. Los de mi estirpe, aunque algunos politicastros agitadores burgueses y bien acomodados nos acusen de lo contrario, no somos hipócritas: lo paradójico es que padecemos incontinencia de sensatez.

Pausa.

Medita. Después, esparce pensamientos.

Qué aburrimiento de vida, de verdad. Si al menos deseara ir a alguna guerra. Hipotéticamente, sí. Cuánto es mi pesar, con tantas que hay. Para entretenerme matando malos, como hay a puñados. Soy un muñeco, sí, un fantoche cualquiera que habla por boca de su amo. ¿Y quién es mi amo? Quien tiene el poder y paga, ¿Y quién paga? Quien tiene dinero y poder. ¿Y quién tiene dinero y poder? Quien los haya amasado con el sudor de su frente, ajajá, indudablemente. ¿Y quién lo ha amasado con el sudor de su frente? El amo que tiene el poder. Hay que desengañarse, mientras que las balas no nos lleguen, las guerras son imaginarias, como esta imaginaria margarita, como una guerra. (*Deshoja*) Guerra, sí; guerra, no; guerra, sí; guerra, no... (*se echa*

una risa) ay, si las bombas fuesen hojas y las hojas, muertos y los muertos, fantoches, y los fantoches, ¿personas?: ¡no! Y...

Calla repentinamente. Parece que piensa.

(Bosteza. Hace estiramientos) Se está tan bien aquí, ¿verdad? dialogando de las guerras de allá. Huy, cómo me pica la entrepierna. *(Se rasca groseramente en ella)*

Soy un fantoche, sí. Pero un fantoche de casta. Un fantoche hispano.

¡A por los bárbaros!

¡Ya voy! ¡Que ya voy, “jóspita”! Contra y recontra...

POR DONDE ENTRÓ, SALE FLOTANDO.